



Pasión líquida

RELATOS ERÓTICOS

ROCÍO REINA P.

PASIÓN
LÍQUIDA
ROCÍO REINA P.

Copyright © 2024 Rocío Reina P.

Primera edición: Enero 2024

Autora: Rocío Reina P.

Correctora: Rocío Reina P.

Portada: Rocío Reina P.

Sello: Independently Published

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*La pasión está ahí,
Solo hay que saber verla*

INDICE

Relato 1 – Abel.....	5
Relato 2 – Megan	22
Relato 3 – Alex	35
Relato 4 – Mikhail	54
Relato 5 – Sebastián & Ángel	71

Relato 6 – Rachel & Anne	90
--------------------------------	----

RELATO 1 – ABEL

El claxon de un coche sonó varias veces detrás de mí. El semáforo estaba en rojo. Bufé y casi le saqué el dedo por la ventanilla, acompañado de algún impropio. Había que ser idiota.

Cuando se puso en verde avancé, a los pocos metros me adelantó y le lancé una mirada furibunda. Odiaba coger el coche en verano. El cuero de los asientos y el volante se pegaban a mí como una tirita, luego dolía al salir. Llevaba el aire acondicionado a todo lo que daba y aún así sentía que estaba en una sauna.

– Que puto calor– gemí lastimera.

Salí a la autovía dirección al parque acuático. La carretera estaba imposible a esas horas. Me anoté mentalmente no volver a ir un sábado. Cuando tuve la oportunidad me incorporé a la vía y sonreí un poco. Me enfadaba y estresaba igual de rápido.

Casi me salté el desvío que daba a la carretera que daba al parque, de no ser por mi GPS que me habló antes de tiempo. Al llegar maldije por lo bajo en todos los idiomas habidos y por haber.

Parecía una aguja en un pajar literalmente. El aparcamiento estaba a rebosar. Familias con niños, amigos, parejas. Todos corrían entre risas viéndose victoriosos por haber encontrado un sitio privilegiado. Ese sitio era prácticamente delante de la puerta. Di dos vueltas más y cuando vi un hueco canté internamente. Era mío.

Canté victoria antes de tiempo. Otro coche venía de frente y parecía que había visto el mismo lugar que yo.

– Ni de coña– mascullé y aceleré un poco más.

Casi no entré, pero lo logré. La chica hizo sonar el claxon repetidas veces y la reconocí como la persona que me había pitado en el semáforo.

– Chúpate esa– dije despacio para que leyese mis labios y le saqué el dedo.

No me culpen, tenía que hacerlo, era una necesidad. Su cara de pocos amigos y su labio arriba me dieron a entender que estaba enfadada. Me dio igual.

Justo cuando agarré mi mochila sonó mi teléfono. Al ver la pantalla voltee los ojos, pero sonreí como una niña. Acepté la llamada no sin antes bajarme a duras penas. Dejando el asiento infernal atrás.

– ¿Dígame?– respondí cantarina.

– Te estoy esperando en la puerta, preciosa– dijo al otro lado de la línea, se oían

muchas voces y apenas se le escuchaba.

- Ya voy, estoy cerrando el coche– murmuré cuando metí la llave en la cerradura.
- No tardes, hay cola– no parecía importarle mucho eso.
- Hasta ahora, guapetón– ronroneé y volví a voltear los ojos.

Él era un chico muy tranquilo, pero tenía su lado fogoso y cómo había disfrutado esa parte suya, mínimo una vez a la semana, me encantaba repetir lo bueno, que podría decir...

Lo conocía desde hacía un año o así y nos caímos bien al segundo, nuestra personalidad casaba perfectamente. Era la típica amistad que surgía de otras amistades y se volvían más cercanos, mucho más. No sé si saben a que me refiero. Yo me entendía sola de todos modos.

Caminé hacia la puerta de entrada. Ya veía a que se refería con cola, al menos diez grupos diferentes de persona hacían fila religiosamente, la mitad de ellos al sol puro y duro. Hice una mueca. Iban a morir de una insolación. No tenía pruebas, pero tampoco dudas.

Cuando vi a Abel me acerqué a él.

- Cada día estas más guapa– susurró cerca de mi oído al saludarme.
- Cada día estas más bueno– rebatí y acaricié su mejilla.
- Ponte la pulsera, anda– su sonrisa de medio lado se me antojaba irresistible.
- Pónmela tu– sonreí con falsa inocencia y le entregué mi mano.

Bufó divertido y sacó la pulsera de su pantalón corto, era de un color blanco nuclear y con letras de tonos dorados ponía VIP en toda ella. Había olvidado mencionar el pequeño (gran), detalle sobre que Abel era sobrino del dueño. Ups.

Se puso la suya y saludó a la chica de la taquilla. No me pasó desapercibido como se le caía la baba al verlo. La entendía perfectamente. En eso empatizaba con ella.

Abel era un poco más alto que yo, debía rondar por el metro setenta y poco, tenía una complexión cuidada y atlética además de lucir una barba bien recortada que haría mojarse a la más dulce e ingenua de las mujeres.

- ¿Llevabas mucho esperando?– pregunté con curiosidad mientras caminaba a su lado.
- Como media hora– me miró de reojo.
- Mientes– ojalá que sí.
- Tranquila, llegué hace diez minutos, tendrías que haber visto tu cara de

circunstancia– rio el muy gilipollas.

- Podría haber tardado un poco más– espeté con los ojos entrecerrados en su dirección.
- Vamos, no te enfades. Eres muy dulce cuando lo haces y no te pega nada– su voz cambio ligeramente de tono.
- ¿Por qué?– pregunté distraídamente mientras colocaba mi mano en su antebrazo.
- A ver... déjame pensar– hizo como el que pensaba, pero la respuesta la tenía clara y yo también– porque cada vez que quedamos nos encerramos donde más cerca nos pille, con suerte, y me gritas que te lo haga más fuerte.
- No soy dulce entonces– afirmé y me aguanté la risa.
- Eres muchas cosas; pasional, fogosa... pero dulce no es una de ellas, aunque si sabes así– gruñó por lo bajo eso último.
- Si sigues diciéndome cosas me voy a mojar antes de subirme a ningún tobogán– no estaba bromeando en lo más mínimo.

Cerró la boca y seguimos nuestro paseo, a duras penas, por el recinto. Parecíamos sardinas en conserva no podíamos estar más pegados. Todos los toboganes tenían fila. Nos decidimos por unos que eran tres consecutivos, con alturas diferentes. Consistía en subir a un flotador enorme en forma de rueda y la persona que se encargaba de ayudarnos a subir nos lanzaba hacia abajo. Era lo que más me gustaba de todo el parque aunque a la vez me daba un poco de angustia interna.

Antes de subir entramos a unos baños para cambiarnos. Llevaba mi bikini en la mochila.

Cuando entré a un cubículo y estuve por cerrar la puerta no me dio tiempo. No me dejaron, más bien no me dejó. Abel abrió sin problema alguno y se coló dentro. El espacio era demasiado reducido. Apenas podíamos estar los dos de pie, nuestros cuerpos rozándose.

- ¿Necesitas ayuda?– preguntó una octava más bajo.
- Ya que estás aquí...– canturreé y me giré.

Quité el lazo que ataba el vestido a mi cuello y este se cayó a mis pies, haciendo un pequeño charco de tonos azules. No me puse sujetador ese día, con ese vestido se veía horriblemente mal llevarlo. Me giré, sin cubrirme y agarré mi pelo en un moño desordenado.

El gruñido bajo que emitió no me paso desapercibido. Sonreí con picardía y señalé con la mirada la mochila sobre su cabeza, colgando de uno de los ganchos que cumplían su función.

- Eres mala– entrecerró los ojos y volvió a quedarse con la vista fija en mis botoncitos rosados.
- No hice nada– me defendí sin quitar mi sonrisa.
- Existir y estar tan buena, eso ya es mucho– se burló y quejó al mismo tiempo que giraba su cuerpo para coger la parte de arriba del bikini.

Aproveché ese momento y pegué mis pechos a su espalda. No llevaba la camiseta, la había dejado en algún lugar no supe donde. Mejor para mí.

Mi mejilla se posó sobre su omóplato derecho y mis brazos rodearon su torso. Estaba muy caliente, en ambos sentidos. Y noté que el también por como carraspeó la garganta.

- Definitivamente quieres que te haga gritar– masculló.
- Sí, papi– bromeé, no del todo.
- Te estas portando mal, Ross– se giró y me miró a los ojos.
- Mucho– asentí.

Negó e hizo que me girase de un solo movimiento, mi pecho quedó en la pared. Mis manos a su altura. Mi culo expuesto a él. Me gustaba sentirme así, expuesta, deseada.

Su mano impactó contra mi trasero. Me lo estaba esperando, era una de mis partes favoritas. No, no me gustaba que me pegasen sin razón, en temas sexuales ya era otro tema diferente. Una corriente de placer me atravesó y gemí. Ni quise, ni pude aguantarlo. Mis instintos estaban activados. La pasión estaba devorando todo a su paso en mi interior.

Masajeó la zona golpeada y volvió a darme con la mano abierta. Lo repitió varias veces. No aguanté el gemido en ninguna de ellas.

- Mmm... estas mojada, eh– no era una pregunta, lo estaba afirmando.
- Demasiado– aún así respondí.

Gruñó algo ininteligible para mí y apartó la delgada línea del tanga negro con encajes que me cubría. Con solo tocar la parte que estaba en contacto con mi sexo volvió a maldecir.

Yo sabía lo mojada que estaba, sentía el liquido inundándome por dentro. Me quemaba. Me encendía como un trozo de madera en plena hoguera. Uno de sus dedos pasó lentamente por mi zona resbaladiza y deje caer la cabeza hacia delante, mi frente en la pared. Me ofrecí un poco más a él. Dos de sus dedos entraron de un solo envite, no me dio tiempo a procesarlo y a la vez gritaba por dentro por obtener lo que deseaba.

- Estas jodidamente empapada preciosa.
- ¿Gracias a quién?– pregunté con la respiración entrecortada.
- No me respondas en ese tonito– sacó los dedos y volvió a meterlos con fuerza.
- Joder– mascullé cerrando los ojos.

La corriente de placer que sentí casi me tira al suelo. No sucedió. Su mano libre se ancló alrededor de mi cintura.

- Quieta– susurró cuando pegué mi espalda a su pecho y sacó la mano.

Me giró lo justo y necesario para que viese como se llevaba la mano a la boca. Todo mientras sus ojos no se apartaban de los míos. Lamió los dedos con los que había invadido mi sexo.

- Deliciosa, jodidamente deliciosa, preciosa– ronroneó.

Se separó de mí, soltándome cuando se aseguro de que no iba a caerme en redondo. Se giró y dejó la parte de arriba del bikini sobre mis manos.

- Te espero fuera, no tardes– me guiñó antes de salir.
- Te odio– espeté cuando ya no me oía.

Me puse todo medianamente rápido e hice una mueca con los labios. Si quería jugar, los dos sabíamos hacerlo muy bien. Salí y le sonreí ampliamente.

- ¿Lista?– alzó una ceja en mi dirección.
- Más que eso– murmuré con un asentimiento.
- Vamos, pasaremos primero por una atracción especial– dijo en tono misterioso.

Asentí obediente. Sumisa. No lo era.

Cuando llegamos a la atracción que decía, no era un tobogán, era una barca de madera o al menos eso parecía. Los que estaban subiendo se metían a una especie de túnel oscuro, no se veía a que parte salía.

En esa atracción había más cola que en el resto de sitios. Fruncí el ceño con interés hacia Abel. No me miró, pero la sonrisa no se borraba de su cara. Algo se traía entre manos. Yo solo esperaba que no fuese muy movidito el paseo. Mi mente ya tenía otros planes para disfrutarlo de todas formas.

Nos saltamos la cola con las pulseras, eran de gran utilidad. Las malas miradas de la gente me atravesaban la nuca. No me importaba demasiado. Yo iba con un objetivo claro e indecoroso.

Un chico nos sonrió y ayudó a montar a la barca. Era de madera y estaba acolchada por dentro en algunas partes. Supuse que era para evitar peligros a los niños que se montasen, ya fuese por astillas o cualquier otra cosa.

Avanzamos lentamente hacia el túnel oscuro. La oscuridad nos consumió y con ella Abel saltó hacia mí.

- No grites, el eco hará que nos escuche todo el túnel y nos saquen– advirtió en un susurro bajo.
- Estas demente. Me encanta– reí entre dientes.

La tira que se sujetaba a mi cuello se soltó, sus movimientos ágiles me sorprendían a veces. No me dio tiempo a reaccionar y ya lo tenía lamiendo mi botón rosado. La punta de su lengua, húmeda, me daba escalofríos. Agarré su cabeza y traté de pegarlo lo más a mí posible. Me iba a convertir en un charquito líquido a sus pies.

Me recliné un poco hacia atrás con cuidado y coloqué mis codos para apoyarme. Tiré la cabeza hacia atrás cuando succionó con fuerza. Iba a dejarme marcas. Las quería.

Mi otro pecho no llegó a ponerse celoso por reclamar atención. La tuvo. Abel fue jugando con ellos a su antojo. Mordí mi labio para acallar las súplicas y gemidos.

- ¿Cuánto dura esto?– jadeé.
- Veinte minutos, me basta con quince– no mentía.
- Joder– mascullé sabiendo lo que se venía.

Su bañador desapareció entre nuestros cuerpos, estaba en algún lugar de la barca. No era muy grande pero servía. Con eso era más que suficiente.

Mis bragas del bikini se movieron a un lado, sus dedos volvían a invadir mi centro. Me arqueé reclamando más atención. Más profundo. Más fuerte.

- Abel...
- ¿Qué quieres? Pídemelo y lo tendrás– aseguró.
- Que me folles– espeté sin aliento.

- A sus ordenes, mi reina– se burló.

Mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. No estaba tan oscuro. Distinguía su silueta. Se sentó en el suelo de madera y agarró mi mano. Sacó sus dedos de mi interior. Y supuse que se los volvió a llevar a la boca por el gruñido bajo que salió de sus labios. Sonreí de medio lado.

- Esto va a ser rápido– añadió.
- Demasiado– aseguré.

No iba a contenerme. Me ayudó a no caerme y me agachó con ambas piernas a su lado. Me empaló de una sola estocada. Grité en su boca cuando sus labios impactaron con los míos. Un beso urgente. Voraz. Un beso lleno de promesas húmedas. La pasión flotaba en el aire. Podría ahogarme en ella.

Sus manos no abandonaron mi trasero en ningún momento. A pulso. Me subía y bajaba por su longitud sin dificultad, era una muñeca manejable en sus garras.

Dentro. Fuera. Fuerte. Pausado. Rápido.

Todos y cada uno de mis gemidos fueron atrapados y devorados sin piedad por su boca. Mis manos fueron a sus hombros y me apoyé. Me impulsé y sentones rápidos se sucedieron. Fuertes. Hasta el fondo. Me sentía llena.

- Preciosa– advirtió en un susurro.
- Dámelo todo– susurré también entre jadeos rápidos.

Ambos estábamos en el límite. Un límite que estaba a punto de cruzarse y hacernos estallar en mil pedazos. No me decepcionó. Sus movimientos erráticos me dieron la pista de lo que iba a suceder de forma inminente.

Se corrió. Me corrí con él. Gemí. Gruñó. Nos devoramos mientras su espeso líquido se vaciaba en mi interior. Mi cuerpo moviéndose de forma inconsciente con espasmos. Volteé los ojos y me moví un poco hacia atrás.

- Me has dejado agotado– rio entre dientes.
- A mí saciada– lo acompañé en la risa.

Salió de mi interior con cuidado y me ayudó a recolocarme el bikini. Pocos minutos

después estábamos saliendo por el otro lado del largo túnel. Mi cara sonrojada debía gritar lo que había pasado ahí dentro. No me arrepentía de nada. Ese día lo pasamos entre toboganes, juegos, risas y caricias que prometían muchas cosas.

RELATO 2 – MEGAN

El avión llegaba tarde para variar. No estaba de los nervios. Para nada. No tenía miedo de subir a un avión y que el aparato volador cayese en picado y me matase. Que va.

Suspiré mirando el reloj por quinta vez. Ya pasaba media hora. Taconeé de forma inconsciente y me levanté de la silla incómoda que había en mitad del pasillo. La gente rezagada y agotada eran el pan diario de aquel lugar. Los que no querían irse y los que llegaban.

Me fui a la maquina expendedora que había cerca y saqué una botella de agua, estaba sedienta, no podía con mi alma. Agradecí que estuviésemos en pleno mes de Enero para evitar el calor infernal del verano, aunque el frío no daba tregua. En una de las maletas llevaba ropa de abrigo, me iba un fin de semana a Galicia. Me iba a congelar hasta el dedo pequeño del pie. Sonreí por mis ocurrencias. También contaba con algunos juguetitos, iba con una firme intención y alcanzaría el objetivo con éxito, estaba segura.

En la otra maleta solo llevaba unos cuantos de mis libros, era escritora y ese fin de semana había un evento literario en el norte de la península. Yo viajaba desde Sevilla, era el aeropuerto más cercano que tenía desde mi pueblito.

No iba sola, me acompañaba una amiga que iba desde Valencia, también escritora. Dormiríamos en la misma habitación, teníamos que ponernos al día de muchas cosas. Quizás haríamos otra cosa más... entretenida a parte de dormir. La sola idea de lo que iba a pasar me

derretía por dentro.

- Atención, pasajeros con destino Sevilla a Santiago de Compostela, vayan a su zona de embarque, el vuelo efectuara su salida en breve– dijeron por megafonía.
- Gracias a Dios– espeté y tiré de ambas maletas hacia la cola que se había formado.

Cuando fue mi turno de enseñarle el billete y escanearlo lo hice sin problema alguno. La mirada que me dio el chico que comprobaba todo me encendió por dentro. Que pena que estuviese a punto de irme. Me hubiese venido bien antes para quitarme un poco el estrés y el miedo, sin duda.

Bufé y le guiñé un ojo antes de perderlo de vista. Tragó con dificultad y mordí mi labio. Una autentica lastima.

Una vez en el avión las azafatas nos explicaron todo respecto al vuelo. Me puse el cinturón y cuando comprobaron que todos los tripulantes estábamos con él puesto, despegamos. La espalda se pegaba al asiento y casi me convertía en parte de él por la velocidad que llevábamos en la pista.

- Quién me manda a mí a subirme aquí– murmuré con los dientes apretados.

A mi lado había una chica que debía tener un par de años más que yo, a lo mucho. Su cara denotaba tranquilidad, debía gustarle mucho volar. Se percató de que la miraba y me sonrió.

- ¿Tienes miedo?– preguntó, su tono de voz era demasiado dulce.
- Un poco– asentí con una mueca en los labios.
- Te acostumbras rápido– añadió y me guiñó antes de cerrar los ojos y acomodarse.
- Eso espero– alcé una ceja y me coloqué como ella.

Me esperaba una hora y media en el aire. Si dormía quizás se pasase más rápido. Lo dudaba mucho, pero aún así intenté. Coloqué mi chaquetón sobre mi cuerpo y conté hasta diez.

No llevaba mucho tiempo dormida cuando me despertaron. No fue de una forma brusca, todo lo contrario. No abrí los ojos, sonreí con picardía en mi mente. La cosa se iba a poner interesante después de todo.

Me moví un poco, lo justo para dejar mis piernas un poco más abiertas. Tratando de darle un poco más de espacio. Quitó la mano en ese instante y giré mi cabeza en su dirección.

- Sé que estas despierta, tu respiración se ha acelerado– murmuró la chica cuyo nombre ni sabía.
- ¿Por eso has parado?– pregunté en voz baja.
- No, vienen a traer agua– explicó escuetamente. Su aliento rozando mis labios.

Abrí los ojos y me la encontré de frente. Sonreía. De una forma oscura. Sus ojos verdes me miraban fijamente y sus rizos rojos como el fuego le cubrían parte de la cara.

Una azafata paso en ese mismo momento tirando de un carrito con ella. Traía cafés y aguas de diferentes tipos y tamaños. No me paso desapercibida la mirada de reojo que nos dio. Supuse que estaba comprobando que no hacíamos nada. Volteé los ojos y sonreí de medio lado.

- Me llamo Megan, encantada– dijo la chica sentada a mi lado mientras colaba la mano bajo mi chaquetón una vez más.
- Yo soy Ross, el placer es todo mío– iba con segundas y esa impresión dio.
- No me cabe duda de que lo será– ronroneó ella y su mano llegó al bajo de mi camiseta.

Sujeté en su sitio el abrigo y la dejé hacer. Acarició mi abdomen mientras levantaba la camiseta ajustada., Su tacto estaba caliente contra mi piel. Leves escalofríos me recorrían de arriba abajo y me gustaban.

Sus dedos apartaron con agilidad el sujetador, solo un poco, lo justo para poder jugar con mi pezón a su gusto. Mordí mi labio de forma sensual. Provocativa. Su vista no se apartaba de mi rostro. Cada expresión mía era un deleite para ella. Lo notaba. Lo veía.

- ¿Tienes frío?– se burló.
- Demasiada calor más bien– aseguré con voz cantarina.
- ¿Qué puedo hacer para refrescarte?– su tono sensual invitaba al pecado.

Agarré su mano con una de las mías y la llevé a mi antojo hacia la zona exacta. Sus dedos jugaron con la zona de mi pubis por encima del pantalón.

- Quieres ya el plato fuerte– afirmó.

No le desmentí nada. Lo anhelaba.

Sus dedos eran demasiado ágiles. Mi mente curiosa se preguntó cuantas veces había hecho eso para adquirir esa destreza. No iba a preguntárselo. No era asunto mío. Lo único que

me incumbía era el ahí y el ahora.

Dejó caer su cabeza en mi hombro y se reacomodó en su asiento. Su mano se coló lentamente por dentro del pantalón, sobre la fina y escasa tela que me cubría. Paso su mano por encima muy lentamente, deleitándose con el tacto de mi pubis. Estaba rasurado, pero aún así siempre dejaba una fina línea de vello.

- Me gustaría ver que tienes ahí– ronroneó.
- Puedes hacerlo– dije en voz baja solo para que ella me oyese.
- Te tomo la palabra– añadió y siguió con su exploración minuciosa.

Su mano llegó hasta un poco más abajo, justo en mi entrada. Movié la fina tela a un lado sin dificultad y paso la yema de sus dedos índice y anular por mi apertura. Oí perfectamente el gruñido bajo que profirió. En aprobación.

Siguió su recorrido hasta que mi clítoris pedía a gritos que le diese más atención. Dolía. Sentía una necesidad física de tocarme que no podía aguantar más. Cerré las piernas con su mano entre ellas y las apreté entre sí un poco. Tratando de calmar mi excitación y deseo.

- Te lo has buscado sola– añadió misteriosa.
- Que cos...

Me vi interrumpida, apretando los labios entre sí con fuerza. Clavando las uñas de la mano que tenía libre en el respaldo del sillón de delante mía. La muy maldita había quedado en el punto justo para que sus dedos entrasen con poca cosa.

Ambos dedos se colaron en mi interior y los movió lentamente. Mis piernas se fueron aflojando y para cuando me quise dar cuenta las tenía completamente abiertas. Bajé el reposabrazos que dividía ambos asientos y me coloqué un poco más hacia ella. Reclinándome todo lo posible.

- Buena chica– su sonrisa se hizo más grande.
- Tu eres el diablo hecho mujer– murmuré con los ojos entrecerrados.
- Y no sabes como me gusta serlo.
- Me estoy dando cuenta, créeme.
- Aún te queda mucho por comprobar– añadió socarrona.
- Me muero de ganas por hacerlo– suspiré cuando sus dedos entraron un poco más.
- Estás muy mojada– dijo lo evidente.

- ¿Por qué será?– voltee los ojos y abrió los dedos dentro de mí.

Volví a cerrar la boca a cal y canto. Se sentía extremadamente bien que hiciese eso, la leve molestia de sentirme abierta y expuesta se sustituía por el placer, fruto del deseo y la pasión que me consumía por dentro como si de una cerilla se tratase.

Fue aumentando la velocidad y sus dedos hacían magia. Tocaba justo el punto exacto que tanto me gustaba y hacía que me corriese con fuerza.

Abría. Cerraba. Acariciaba. Dentro. Fuera. Hasta el fondo. Rápido. Demencial.

- Te estas cerrando contra mis dedos– canturreó.
- Si sigues así me voy a correr y quiero disfrutar más– añadí quejumbrosa.
- Vamos a tener tiempo de disfrutar más las dos.

La creí, estaba segura de que iba a pasar más pronto que tarde. Mi fin de semana se había visto ligeramente alterado y me alegraba de ello. Iba a pasarlo en grande.

Siguió con un ritmo que me estaba llevando por el camino de la locura, giraba los dedos. Otro dedo más. Fuerte. Rápido.

El escalofrió que me recorrió desde el bajo vientre me indicó que estaba a punto de explotar en mil pedazos. Mi centro palpitaba alrededor de los dedos de Megan. Suspiré el gemido contenido y me tapé la boca con el abrigo.

Agradecí que la prenda fuese mullida porque tuve que morderla para callarme. Me corrí con fuerza en su mano. Inconscientemente la cabalgue mientras lo hacía. Exprimiendo hasta la última gota de placer que quedaba dentro de mí. Sus dedos no pararon hasta que cedí y me rendí al cansancio. Sentía como mi centro pulsaba con más fuerza. Sacó su mano con lentitud, rozando con mi propio placer , mi clítoris. Estaba sensible y me hizo dar un pequeño salto en el asiento.

- Me encanta– añadió al ver su mano y separar los dedos.

Mi placer se extendía en ellos, me sonrojé, no por vergüenza sino por curiosidad. No entendía como una chica que no conocía de nada me había hecho pasar el mejor vuelo de mi vida. Se llevo los dedos a la boca y los lamió con parsimonia. Lentamente y degustando cada gota de mí.

Se separó del todo y se abanicó la cara con la otra mano.

- Hace un poco de calor– añadió riéndose entre dientes.
- También puedo ayudarte con eso– alcé una ceja en su dirección.
- No me cabe la menor duda.
- Que empiece el juego entonces– añadí.
- Ya ha empezado hace rato– afirmó.

La hora y media de vuelo pasó demasiado rápido entre caricias, risas ocultas y secretos susurrados. Las promesas no faltaron. Ese fin de semana iba a ser inolvidable y lo ansiaba como nunca había querido alguna otra cosa antes.

Pase uno de esos días con Megan, no salimos de la habitación para nada. La comida la pedíamos a domicilio. Al día siguiente apenas pude arreglármelas para andar con las piernas cerradas. Me dolía el alma, pero lo había disfrutado como una niña pequeña. El domingo lo pase con mi amiga, comimos, charlamos y jugamos sin restricciones. Con libertad. El deseo. La pasión. Fueron testigos de esos días. Me encantaría repetirlo el próximo año.

RELATO 3 – ALEX

Ser reponedora nocturna era un trabajo poco más que duro. Normalmente en la tienda entraba de ocho de la tarde y salía a las cinco de la mañana. Tenía que ver cuando caducaban los productos. Si lo hacían pronto debía reponer por detrás de ellos y colocarlos al frente para que la gente se los llevase antes. No eran tontos después de todo.

Esa noche vendría un chico nuevo. Llevaba varios meses trabajando allí y tendría que explicarle el funcionamiento de las cosas para que me ayudase. Suspiré colocando la lata de conserva de atún con tomate. Hice una mueca.

Me subí a las escaleras de mano para coger las cajas de arriba, solíamos dejarlas ahí en lugar del almacén. No me pregunten por qué, no lo sabía.

La campanilla de la entrada sonó. Pise mal. Casi me parto el cuello de no ser porque alguien me agarró en el último segundo como si fuese una princesa. El grito que se había construido en mi garganta menguó hasta extinguirse en cuanto mis ojos marrones conectaron con la mirada risueña y a la vez penetrante de un chico. Sus ojos eran de un color verde capaz de hipnotizarte en cualquier momento.

- Ten más cuidado– dijo con tono cortante.
- Suéltame– bufé, si me hablaban así de primeras perdía todo el interés en la persona.

Sonrió de medio lado y se quedó callado mientras me ayudaba a ponerme de pie. Maldije entre dientes y sisee al apoyar el pie izquierdo en el suelo. En la caída, al pisar mal, me había torcido el tobillo. Genial. Lo que me faltaba tener un jodido esguince.

Me apoyé en la estantería y el chico no me quitaba la vista de encima, ladeé la cabeza en su dirección. Una clara pregunta en mis ojos.

- ¿Qué se te ofrece?– pregunté cuando no habló.
- Pues... venia por la oferta de empleo– tal cual dijo eso alcé una ceja.
- Así que tu serás el que me ayude a reponer y atender en el veinticuatro horas por la noche ¿eh?– sonreí con malicia.
- Eso parece– cruzó los brazos sobre su pecho.

Sin querer, juro que no quería, solo que la vista se fue. Me pasé al menos dos minutos de reloj mirando como se marcaban sus músculos bajo la camiseta corta que llevaba. Lucía un aspecto fuerte, de carácter por lo poco que había visto, le gustaban las bromas justas o lo que era igual a ninguna. Me superaba en estatura, tal vez un metro noventa además de sus ojos. Esos benditos ojos, o malditos según el lado que lo mirase.

- ¿Me vas a explicar como funcionan las cosas o necesitas una invitación?– su media sonrisa era perfecta.
- Dime tu nombre– me crucé de brazos y seguí con mi escrutinio.

- Me llamo Alejandro, puedes decirme Alex– se presentó mientras extendía la mano.
- Yo soy Ross, me puedes llamar Ross– añadí con una gran sonrisa mientras le aceptaba el apretón.

Sus dedos rozaron los míos cuando fue soltándose, era una sutil caricia. Intencionada. Llena de promesas. Eso lo descubrí cuando me guiñó el ojo.

¿Así que ese chico borde y que parecía un puto tempano de hielo tenía sentimientos?, Mi sonrisa se volvió más afilada, parecía la del gato del cuento ese donde una niña iba a un país de no recordaba qué.

- Ven, en la trastienda está el uniforme– dije mientras caminaba hacia allí.
- ¿Estás bien?– preguntó poco después.
- Si, ¿Por qué?
- Porque llevas cojeando todo el camino por el pasillo hasta aquí– alzó una ceja con escepticismo.
- No te preocupes, un simple tiro – mentí sin piedad.
- Si tu lo dices– no me creyó en lo absoluto.

Lo ignoré y me giré hacia la estantería que había al fondo. Encendí la luz que daba a esa zona y gemí en voz baja. Los uniformes nuevos estaban arriba del todo y ni de lejos alcanzaba tan siquiera a coger uno.

Como a cabezona no me ganaba nadie, no cedí en mi empeño. Me puse de puntillas como pude y acaricié la caja con la punta de los dedos nada más.

Unas manos fuertes siguieron el recorrido y en menos de lo que mi mente tardo en reaccionar ya tenía a Alex pegado a mi espalda. Sus manos de nuevo rozando sutilmente las mías con la excusa de alcanzar la caja de cartón. Se quedó ahí más tiempo del necesario y no me desagradó en lo más mínimo.

Su contacto era caliente, su pecho firme pegado a mi espalda, podría asegurar que bajo esa camiseta que llevaba, tenía una tableta de chocolate lista para fundirse en mi boca si me lo proponía.

- ¿Pasa algo?– su tono de voz había bajado una octava.
- Nada– ronroneé.

Su aliento golpeaba mi oreja. Un espasmo involuntario que hizo que me sacudiese

levemente ocasionó estragos en mí. Mi sexo pulsó. Hambriento. Suspiré y me giré. Mi cara estaba a centímetros de la suya. La caja había pasado a un segundo plano y el uniforme ya ni existía en mis pensamientos.

Me miraba fijamente, sonreía al mismo tiempo. Sus manos liberaron lo que sujetaba. No llegó a coger nada. Las colocó en la balda que estaba justo en mi cabeza y me aprisionó entre sus musculosos brazos.

- ¿Te pongo nerviosa?– preguntó con un susurro.
- Para nada– mentía, me ponía de muchas formas más, nerviosa era lo mínimo.
- Mentirosa– me caló al instante.
- Me pones de otras formas– añadí.
- ¿Ah sí? ¿de cuales?– una de sus manos se soltó del estante.

No me dejó hablar, de todos modos no podía hacerlo. Las palabras no querían salir de mi boca por mucho que me empeñase en sacarlas.

Acarició las puntas de mi pelo. Se demoró más de lo necesario en ellas. Sus ojos sin separarse de los míos. Tragué saliva con dificultad. Parecida un cervatillo frente a los faros de un coche.

- Eres una diosa– susurró acercando un poco más su cara a la mía.
- Me lo dicen mucho– bromeé y pestañeeé lentamente.
- Y estás comible– agregé después.
- Tu también– canturreé mientras colocaba mi mano inquieta en su abdomen.

Abrí un poco de más los ojos. Confirmé mis sospechas. Acaricié lentamente. Una tableta de chocolate macizo se escondía ahí. Las ganas que tenía de probarla casi me hicieron babear. Casi, pero no.

La campanita sonó y se separó lentamente.

- Ve a atender, ahora voy yo– ordenó.
- Sí, señor– bromeé con un saludo parecido al militar.

Me fui casi corriendo, ese hombre gritaba peligro por cada poro de su cuerpo. Gritaba deseo. Pasión. Lujuria. No me importaría caer al infierno si lo hacía en ese instante.

Una señora mayor esperaba en la caja, paciente mientras rebuscaba en su monedero el

dinero para pagar su compra.

- Buenas noches, ¿solo llevara esto?– pregunté educadamente.
- Si hija, no traje más dinero– se lamentó.
- ¿Qué más quiere?– dijo Alex detrás de ella.
- Unos cereales para mi nieto, solo me alcanza para la leche– la señora parecía mortificada.
- Cójalos, yo se los pago– sonrió de una forma dulce.

Esa sonrisa me robo el aliento, si ya de por si yendo de chico malo “te miro y te destrozo”, había hecho latir mi sexo en más de una ocasión en la trastienda, en ese momento ya me podría convertir en un charco a sus pies.

- Cómo cree, joven– la señora negó avergonzada.
- Puede pasar otro día a pagármelo si quiere– añadió.

La señora lo miró pensativa y acabó accediendo con la duda impregnando sus ojos. Yo también lo miré así. No lo conocía de nada, pero podría apostar que no le aceptaría el dinero de vuelta.

Cuando la señora se fue me senté en la silla tras la caja y me crucé de brazos. Haciendo que mis pechos sobresaltaran un poco más. La camisa me quedaba un poco justa y haciendo eso solo conseguía que mis pechos casi se saliesen de su lugar. No pareció importarle y a mí tampoco.

Se acercó y se apoyo de forma despreocupada por la parte externa a donde yo me encontraba.

- No vas a aceptarle el dinero si viene a devolvértelo– afirmé.
- Eres muy inteligente– extendió la mano y rozó mi nariz con la punta de su dedo índice.

Volteé los ojos y sonreí muy a mi pesar. A veces las apariencias engañaban, la mayoría de las veces de echo. Solo había que saber mirar a la persona que había frente a cada uno. Pero mirarla desde dentro.

- Te voy a vendar el pie, levántate– dicho eso se volvió a la trastienda, pocos minutos después traía en sus manos un botiquín de emergencias.
- No es n...

- Como me digas que no es necesario o te vas a meter en serios problemas, nena, tu decides– la altanería que empleó casi hacía que jadease.
- Pero...
- Ni peros, ni hostias.

Acabé aceptando con el ceño fruncido. Me levanté de mi silla y lo dejé sentarse a él. Me quedé así hasta que encontró lo que quería en la pequeña caja. Me miró y luego miró su pierna. Sonreí y me senté en ella.

- No deberías haber hecho eso– susurró en mi oído y me abrazó desde atrás.
- No hice nada– mi sonrisa inocente no se la creía nadie.

Me agarró con ambas manos de la cadera y me puso en su entrepierna. Mordí mi labio inferior de forma provocativa. Surtió efecto. Su miembro pulsaba contra mi trasero a través de la molesta tela de los pantalones.

- Mira como me tienes– jadeó en mi oído.
- Mmm... me gusta– dije sin más.
- A la mierda– masculló y me levantó.

Lo miré perpleja, no llegué a formular la pregunta. Fue hacia la puerta y le puso el seguro por dentro. Cambiando el cartelito que hasta ese momento ponía “abierto” a uno que tenía escrito “cerrado”. Volvió con pasos amenazantes. Pasos de depredador. Se sentó en el mismo sitio y me agarró de nuevo de la cintura. Me colocó donde estaba.

- No podemos hacer eso– no estaba por la labor de apartarme si me decía que lo hiciese.
- No puedes ponerme duro y pretender que no suceda nada– señaló autoritario.

Se frotó lentamente contra mí. Me agarré del mostrados para controlar mis movimientos mejor y di pequeños saltos. Apoyándome únicamente en el pie bueno.

Gemí y dejé caer la cabeza hacia atrás, sobre su hombro, cuando comenzó a quitar los bonotes que aprisionaban mis pechos. La camisa iba cediendo poco a poco ante su tacto.

Suspiré agradecida cuando la tela voló a nuestros pies. Un sujetador de encaje rojo cubría mis pechos con delicadeza. Le dio igual. No se demoró mucho en mirar, tenía un claro objetivo. Los liberó de su jaula y me movió sin dificultad alguna. Quedé sentada hacia él. Mirándolo a los ojos. Mis brazos sobre sus hombros. Mi sexo rozando con su miembro de nuevo. Maldije en mi

interior. Odiaba los pantalones del uniforme en esos momentos más que nunca.

- Están duros– gruñó cuando acarició uno de mis pezones.

No dije nada, era más que evidente. Masculló una maldición y no se lo pensó por más tiempo, sus labios aprisionaron el pequeño botón rosado. Lamió. Mordió. Succionó.

Repitió los mismos movimientos varias veces. El leve dolor que se mezclaba con el placer casi lo hacia explosivo. Lo apreté un poco más contra mí. No sabía que quería. Solo sabía que necesitaba hacerlo. Devoró sin piedad mi otro pezón. Gemí frotándome contra su miembro. Pugnaba por salir. Pedía una liberación y se la iba a dar.

Con maña quité el botón y la cremallera de su pantalón. Me agarró del trasero y me levantó a pulso. Sin apartar sus labios de mí. Aproveché que me dejó un poco de espacio y baje lo necesario el pantalón. Me había dado permiso.

- Malditamente deliciosa– masculló entre dientes cuando me dio una pequeña tregua.
- Me toca a mi comer– dije pizpireta y me levanté de sus piernas.

Me arrodillé entre él y el mostrador. Unos golpes en la puerta hicieron que mirase hacia allí. Se levantó y reajustó los pantalones. Abrió la puerta y volvió a poner el cartel de “abierto”.

- Disculpe estaba reponiendo unas cosas y tuve que ir al almacén– se disculpó con el cliente y regresó.
- No pienso pasar– susurré con los pechos turgentes al aire.
- No quiero que lo hagas.

Volvió a bajarse el pantalón y con él los bóxer que usaba. Dejo libre su miembro. Duro como una roca y caliente. Se me hizo la boca agua.

Acaricié la punta con suma delicadeza. Disfrutando. Jugando. Suspiró y no me pasó desapercibido el siseo que emitió cuando metí su glande en mi boca. Lamí lentamente. Con parsimonia. No tenía prisa. Quería torturarlo como el me había torturado a mí hacía unos minutos.

La persona que había entrado lleo a la caja para pagar y se levantó, permitiéndome mejor acceso a su miembro. No llegaba a verse nada debido a la altura del mostrador. Agradecí por eso.

Se quedó ahí, de pie. Aproveché y acaricié sus testículos con una mano mientras con la otra me ayudaba de movimientos rápidos con la boca. Marqué mi propio ritmo. A veces rápido. A veces más lento. Con dientes. Sin ellos.

Gruñó cuando noté como se hinchaba en mi boca. Se iba a correr. Me apartó en ese instante y me ayudo a ponerme de pie en cuanto la persona se fue.

– Inclínate hacia delante– ordenó sin lugar a replicas.

Accedí. No iba a rebatirle nada.

En cuestión de segundos mi pantalón estaba en mis pies y mi tanga a juego con el sujetador fue apartado a un lado. Sentí el viento del aire llegar a mi sexo y me estremecí.

– No voy a ser dulce ni bueno. Voy a follarte, duro– espetó y asentí.

Me agarró de las caderas y mientras colocaba mis manos en el mostrador su miembro me embistió desde atrás. Llenándome por completo. Me sentía plena. Era demasiado grande, me molestaba un poco, pero era la molestia justa que se convertía en placer.

No me preguntó. No esperó. Actuó. Los movimientos que empleó salvajes. Duros. Sin piedad. Hicieron que las piernas me temblasen hasta el punto de casi no aguantar mi propio peso.

Dentro. Fuera. Dentro. Fuera.

Repetía cada vez más rápido. Iba a estallar dentro de mí y yo con él. Su miembro comenzó a hincharse y ya sabía lo que venía. Coló una mano entre ambos y acarició mi clítoris sin perder el ritmo. Movimientos rápidos y circulares, usando la presión justa. Noté como se derramaba en mi interior y ese fue el pistoletazo de salida para llegar al orgasmo.

– Alex– gemí so nombre, más bien lo grité.

– Ross... eso es, nena– masculló en un gruñido bajo.

Las embestidas siguieron mientras seguía vaciándose en mi interior y yo lo cabalgaba de forma errática con movimientos torpes. No controlaba a mi propio cuerpo para ese entonces. Cerré los ojos con fuerza y me mordí el labio cuando paró. Salió de mí lentamente, dándome una nalgada fuerte en el proceso.

Mi sexo volvió a pulsar de forma descontrolada. Sentía como su líquido caliente salía de mi interior, corriendo por mis piernas. Bajé una de mis manos y acaricié mi centro. Esparciendo

la sustancia por todo él.

- Eres jodidamente sexy.
- Lo sé.

Se limpió con unas toallitas que había de oferta y me reí mientras dejaba el dinero en la caja. Me ayudó a limpiarme con suma delicadeza. Tanta que hasta me pareció tierno después del sexo salvaje del que había sido protagonista.

Esa noche marcaría un antes y un después de que me gustase o no trabajar en la tienda. Después de todo tenía sus cosas buenas estar en el veinticuatro horas. Fue la primera de muchas noches de diversión que le siguieron, entre risas, promesas sucias y sexo salvaje lleno de gemidos.

RELATO 4 – MIKHAIL

El lápiz de ojos casi se me metió dentro y siseé por la sensación. Llegaba tarde a la cinta. Mikhail no era muy dado a esperar. La paciencia no era un rasgo que lo caracterizase precisamente. La noche anterior me llamó de la nada. Acababa de llegar de un viaje de negocios y saldría a festejar con los amigos el cierre de un buen contrato antes de ir a la cita.

Me alegraba mucho por él, llevábamos un año saliendo y sentía por él lo mismo que el primer día. Claro estaba a demás del amor inmenso siempre me ponía caliente en los momentos y lugares menos indicados. No conocía persona que le gustase más los jueguecitos previos que a él.

Íbamos a ir al karaoke, le encantaba ir al menos una vez a la semana. Volteé los ojos divertida. Ya estaba casi lista. Para esa noche había optado por un vestido azul de tirantes gruesos que caían por el hombro, el escote en V y la falda tenía un poco de vuelo. Me cubría un poco mas abajo del trasero. Era precioso, un color eléctrico. Los zapatos que acompañaban el look era negros, altos y los más cómodos que podría tener en mi zapatero.

Me puse el pendiente de mariposa y agarré el bolsito blanco que acompañaría el look final. Dentro llevaba las llaves de la casa, mi cartera y mi teléfono. No cabía nada más.

Hice un mohín con los labios al ver la hora en el reloj que tenía en la pared del salón. Me quedaban escasos quince minutos para llegar cuando mínimo se necesitaban veinticinco. Me iba a matar. Bueno, si lo pensaba bien podría compensárselo de cualquier otra manera.

Sonreí con picardía para mí misma en el espejo de la entrada pase sensualmente la lengua por mis dientes y di un pequeño retoque al pintalabios. Perfecta.

Corrí lo más rápido que los zapatos me lo permitían y me subí al coche. Puse primera y tras mirar el espejo retrovisor central y comprobar que no venía nadie, di marcha atrás hasta que se me hizo fácil la maniobra. Aceleré por los aparcamientos y me perdí por las calles. Hacía frío. Estaba nublado y probablemente se avecinaba una gran tormenta. No era para menos. Lo raro sería que en pleno mes de Febrero no lloviese por Granada.

– Maldita sea– golpeé el volante cuando un camión de reparto freno en mis narices.

Repiqueeté mis uñas en el material mientras esperaba a que se moviese. Tardo como cinco minutos más en meterse a la zona de descarga.

Pisé el acelerador a todo lo que daba y que estuviese permitido claro. Jamás me había saltado una norma de conducción. Me habían enseñado muy bien, que podría decir. Bueno, eso y que me daban pavor los policías cuando patrullaban.

Como ya veía venir llegué extremadamente tarde. Había empezado a caer una llovizna muy fina. Frente al enorme edificio donde se situaba el karaoke estaba Mikhail. Su mirada iba de su reloj a la carretera y así sucesivamente.

Me bajé y cerré de un portazo. No fue mi intención. Me gané su mirada. La sonrisa maligna que tenía en sus labios me hizo tragar saliva con mucha dificultad casi me atragante en un ataque de tos por lo mismo.

- Perdón– fue lo primero que salió de mis labios.
- No me gusta la impuntualidad– espetó sin perder su sonrisa.
- Ya, bueno– me encogí de hombros alzándole una ceja.
- Esta noche me lo vas a tener que compensar– añadió en un tono más bajo, solo para que yo fuese capaz de oírle.
- Me encantará compensártelo, no sería la primera ni la ultima vez– ronroneé, un tono tan sensual que me sorprendió hasta a mi misma.
- Vamos, te vas a mojar– añadió acercándose del todo a mí.

Me agarró de la cintura con un brazo, parecía una enorme pinza de acero. Me ancló a su costado y cubrió mis hombros con su chaqueta. Se la había quitado al segundo de verme acercarme a él. Sonreí para mis adentros. Lo amaba.

Una vez dentro del edificio las paredes llenas de colores, luces y carteles que tan familiares me eran ya para ese punto, nos saludaron. La chica de la recepción quien se encargaba

de cobrar y darnos una de las habitaciones acondicionadas para cantar nos saludo. Se llamaba Mandy si no recordaba mal.

- Tenéis la misma de siempre– sonrió servicial.
- Gracias, Mandy– añadió Mikhail mientras aceptaba las llaves.
- Tráenos algo de tomar, estoy sedienta– pedí con una suplica en mis ojos.
- Enseguida va Xavier– aseguró y atendió a dos parejas que venia detrás de nosotros.

Nos encaminamos a un largo pasillo donde finalizaba en la puerta de un viejo ascensor. Por dentro parecía un ascensor antiguo de hotel lujoso. Subimos.

- Como iba diciendo– añadió justo antes de que se cerrasen las puertas.
- Hay cámaras– me daban igual y él lo sabía.
- Me parece perfecto– ronroneó y me giró hasta quedar entre sus brazos.
- No me has dado un beso– murmuré mirando a sus labios mientras mis brazos iban a su lugar habitual, sus hombros.
- Porque me has hecho esperar, también te voy a hacer esperar a ti– añadió y se quedo tan tranquilo.
- ¿Quién es el malo aquí?– alcé una ceja altanera.
- Cuida tu expresión, princesa– susurró y rozó muy levemente sus labios con los míos.

Se separó justo un segundo antes de que el ascensor llegase a la planta seleccionada. Las puertas se abrieron y yo me queje con un sonido de molestia. Odiaba que me dejase con las ganas, a medias y caliente como un volcán a punto de erupcionar.

El pasillo estaba desierto. El lugar tenía demasiadas habitaciones de Karaoke como para contarlas. Por tradición cogíamos siempre la misma sala. Las primeras veces que vinimos por casualidad había sido la misma y lo tomamos como una buena señal, como una cosa nuestra y de nadie más.

Nos paramos en la puerta de la sala veinticuatro, introdujo la llave en la cerradura y abrió, dejándome pasar delante de él. Le agradecí con la cabeza, era un pequeño gesto de burla que me encantaba hacerle, porque siempre me castigaba a su manera y que jodida bendita manera.

- No te pases– añadió.
- No lo haré– bufé sentándome en uno de los sillones frente a la pantalla.
- Empezaremos por algo fácil– sonrió de medio lado.

Su sonrisa fulmina bragas me llevaba por el camino de la amargura. Me iba a dejar sin ropa interior a ese paso. No me desagradaba en lo más mínimo.

Me crucé de piernas, de forma lenta y perezosa. Se sentó a mi lado y no me perdí la mirada de reojo que me lanzó mordí mi labio y jugueteé con un mechón de mi pelo mientras miraba a la pantalla.

Su mano dura y fuerte se poso en mi muslo, apretándolo con un poco más de fuerza de la necesaria. Me quedarían los dedos marcados. No tenía dudas de eso. Él sabía que me encendía ver marcas creadas por él en mi cuerpo. Marcas llenas de promesas y pruebas de lo que pasaba.

- Tienes la piel muy suave– susurró y eligió una canción al azar.
- Siempre la he tenido así– aseguré.
- Es diferente– dijo mientras negaba.

La crema corporal que me había puesto justo después de la ducha había surtido su efecto. Era nueva y la iba a volver a usar.

Carraspeó y me removí en mi asiento cuando se mano se ancló en la parte interna de mi muslo volviendo a repetir el apretón duro que me había dado momentos antes. Bufé sin querer, pero no me moví. Carraspeó un poco la garganta y señaló la pantalla con la cabeza al mismo tiempo que la melodía llenaba el lugar.

Cantamos varias canciones. Xavier había traído unas bebidas para nosotros poco después de terminar la tercera canción y para cuando íbamos por la quinta apenas me concentraba en la letra. Se me hacía lejana e ininteligible.

Me frustraba a la vez que me gustaba. Sus dedos traviesos no habían dejado de hacerme caricias en ningún momento, a veces me preguntaba como era capaz de concentrarse en dos cosas al mismo tiempo. Yo no podía.

- ¿Qué te pasa?
- Sabes que me pasa– el retintín en su voz no me paso desapercibido.
- No lo sé i no me lo explicas– añadí.
- Que no puedes pretender venir con estas piernas perfectas y esculpidas por los mismísimos dioses y pretender que no se me caiga la baba al pensar en las mil formas que me gustaría tenerlas alrededor de mi cuerpo.
- ¿Te has quedado a gusto?– bromeé.

- No mucho.

Se lanzó a por mis labios sin previo aviso, esos ataques eran los mejores. Me tiró hacia atrás en el sofá y al segundo lo tenía sobre mí, sus labios sin apartarse ni un solo milímetro de los míos. Gemí en su boca. La música seguía sonando, pero nosotros ya teníamos unos nuevos planes que no la incluían.

Sus manos acariciaron cada parte de mi piel, encendiéndola a su paso como un camino de gasolina que prendía con cada chispa que saltaba. Mi estómago dio un vuelco. Eran las características mariposas de la anticipación que aparecían siempre con él.

- Se acabó– murmuró separandose un poco.
- Te vuelvo a repetir, hay cámaras– señalé la que estaba en la esquina.
- Está apagada– su media sonrisa me dijo que decía la verdad, o tal vez no.
- ¿Seguro?– pregunté dándole una mirada significativa.
- Sí, no me gusta que vean lo que es mío– lo creí.

Se apartó hasta quedar de pie a mi lado.

- Siéntate– ordenó.
- Sí, señor– me reí mientras le hacía caso.

El rol de dominante sumisa me gustaba mucho, pero en la parte en la que se volvían los roles me encantaba aún más. Le gustaba ser dominado, sentirse mío. Adoraba ser su dueña.

Se quitó de forma apresurada la hebilla del cinturón y lo sacó del pantalón. Me dio una mirada interrogativa y ya sabía que quería. Asentí y coloqué mis manos frente a él.

Las amarró sin más dilación, de forma que me era completamente imposible hacer alguna maniobra o intentar siquiera soltarme. Lo miré desde abajo y gruñó entre dientes. Su pulgar se paseó lentamente por mi cara en un roce suave y lleno de ternura.

Su dedo se coló en mi boca y lo chupé con mucha lentitud y parsimonia. Ladeé un poco la cabeza para mirarlo mejor.

- Maldita sea, princesa.

Su mano agarró las mías, presas entre la cuerda de cuero que era su cinturón y las colocó en el punto exacto. El pantalón de traje iba a explotar. Su miembro duro. Fuerte. Varonil. Era

enorme y quería salir. Cuando se ponía así de duro las noches se pasaban en un suspiro entre sexo y más sexo. Parecía una fuente inagotable y yo era insaciable. Ideales el uno para el otro.

Agarró mi pelo con la mano libre y tiró mi cabeza hacia atrás. Mi cuello expuesto y su mirada llena de lascivia encendió un interruptor en mi interior. Mi sexo pulsó y mis piernas se cerraron automáticamente, tratando de calmar el deseo y calor que se creó entre ellas.

Se bajó el pantalón con un poco de dificultad y luego quitó sus bóxer. Me relamí por inercia y acerqué mi boca un poco. Me retuvo nuevamente por el pelo.

– Yo mando ahora, Ross.

Asentí, dándole su tiempo de juego. Guió mi cabeza hasta que mis labios rozaron la punta de su miembro erecto. Me volvió a separar de forma brusca, pero sin llegar a hacerme daño. Repitió el jueguito varias veces. Cuando iba a hacerlo de nuevo saqué mi lengua y lamí su glándula. Masculló una maldición y siseó mientras se separaba hacia atrás.

– Ross...– su tono amenazante solo me ponía más.

– Ya no quiero jugar– puse morritos.

Negó y se acercó de nuevo. Acogí cada centímetro de él que me era posible. Era más de lo que mi boca podía soportar. No soltó mi pelo en ningún momento y fue guiando los movimientos. Yo solo lamía. Chupaba. Arañaba con los dientes.

Me detuvo en dos ocasiones y supe porqué. Las venas de su longitud se marcaban demasiado y se notaba caliente en mi boca, hinchándose, llenándose del néctar que tanto me gustaba probar.

Cuando menos me lo esperé, sin avisar, se vació en mi boca. Casi me atraganté. Casi. Tomé todo cuanto estuvo dispuesto a darme, sin quejarme. Tragué hasta que no salió ni una sola gota más.

Me relamí y lo miré a los ojos. Dando un corto beso en la punta mientras me echaba hacia atrás en el sofá.

– Ahora voy a hacer que te corras gritando mi nombre– jadeó.

– No sabes cuanto lo deseo– gemí.

Se arrodilló entre mis piernas y las abrió a ambos lados. Las subió sobre sus hombros y

me arqueé hacia atrás, dejando la cabeza caer en el respaldo. No me había quitado la correa, pero no me molestaba estar así, necesitaba tirarle del pelo y eso hice. Gruñó mientras quitaba las braguitas negras y las dejaba encima de la pequeña mesa de centro.

Las olió en el proceso. Me sonrojé. Sonrió.

- Eres un guarro.
- Y te encanta que lo sea.
- No sabes cuanto— afirmé.

El vestido subió hasta mi cadera. Dejando expuesto mi sexo. Mis pezones estaban erectos, sentía el roce y la molestia contra la tela del vestido. Me estaba matando lentamente.

Sus labios devoraron todo a su paso, su lengua se creó su propio camino hasta llegar al matujo de nervios que me hizo gemir de nuevo, con más intensidad. Me removí en mi sitio sin saber que hacer. De un solo tirón me quitó el cinturón y agradecí internamente. Mis manos fueron a parar a su cabeza. Cerré los ojos deleitándome del inmenso placer que recorría cada una de mis terminaciones nerviosas. Lo atraje hacia mí todo lo posible, quería que nos convirtiésemos en un solo ser.

Chupó. Succionó. Lamió.

Cada toque de su lengua me hacía convertirme en un charquito maleable. Tres de sus dedos invadieron mi entrepierna sin previo aviso y grité de la impresión. El grito duro poco en mis labios. Un gemido más fuerte lo seguí. Me sentía plenamente llena, satisfecha. Imparable.

- Mikhail...
- Eres perfecta— murmuró con adoración separándose un poco. Lo justo para ver mi cara.
- Me estas matando— jadeé quejumbrosa.
- Aún no, créeme— prometió.

Volví a tragar saliva y me aparté, sentí el vacío al instante. Se recostó en el otro sofá y me hizo gestos con la mano para que lo siguiera. Lo hice sin perder tiempo. Me ayudó a sentarme encima de su cabeza. Mis rodillas a ambos lados de esta.

- Móntame princesa— ordenó.

Lo hice. Cuando su lengua tocó de nuevo mi manojito de nervios casi me corrí, pero

aguante a duras penas. Me moví en círculos. Arriba. Abajo. Hacia delante. Hacia atrás. Era un ritmo adictivo y delicioso. Mis manos se instauraron en mis pechos y los apreté con fuerza.

El placer estaba por ganar la batalla y no pude hacer más que rendirme a él. El orgasmo llegó tan rápido que no lo vi venir. Arrasó todo a su paso, haciéndome cabalgarlo de forma errática y torpe.

Me deje caer un poco hacia delante. Mis brazos se sujetaban de forma temblorosa al reposabrazos donde tenía el la cabeza. Me moví hasta quedar tumbada sobre él y seguí jadeando hasta que mi respiración se acompasó.

Las caricias en mi espalda llegaron y con ello la calma. Aprovechamos las dos horas que nos quedaban en el karaoke de otra forma que no era cantando, o según lo mirases quizás sí. La fiesta siguió en la cama, en su sofá, en su encimera. Esa noche no dormimos, no fue la primera y tampoco sería la última.

RELATO 5 – SEBASTIAN Y ANGEL

En pleno mes de Mayo ya había un calor insoportable. Me abaniqué la cara con las manos mientras caminaba por la calle. Había quedado con un compañero de trabajo y amigo de la infancia para ir al cine. Veríamos una nueva película de súper héroes que estrenaban ese mismo día. No me perdía ninguna desde hacía varios años atrás. Ángel me había viciado a ese

mundo y no había forma de salir de él.

Por suerte solo tenía que coger un bus para llegar al cine. Lo malo era que o se retrasaba muchísimo o se adelantaba con tres pares de narices. Recé para mis adentros porque aún no hubiese pasado o estuviese a punto de pasar.

Ángel tenía que trabajar esa mañana así que iría directamente desde allí. Cuando me puse en la parada me metí bajo el pequeño trozo techado para poder resguardarme del sol. Me estaba acribillando la piel.

– No podían estrenar la peli en invierno– mascullé quejumbroso.

Los taxis pasaban por la carretera a toda velocidad, algunos con pasajeros y otros vacíos en busca de su próxima presa. Negué con la cabeza al ver que casi se llevan por delante a un chico con patinete eléctrico. Esos aparatos los cargaba el diablo como decía mi madre.

El bus tardó veinte minutos en aparecer por la esquina. No me había defraudado después de todo. Menos mal que la película empezaba a las seis. Me quedaba una hora de margen para llegar y en menos de veinte minutos estaría allí. Suspiré cuando el alivio inundó mi sistema.

Las personas se bajaban y subían durante todo el trayecto, para cuando me baje yo, había más gente de la que hubo en un principio. Como había previsto, llegué con media hora larga de antelación.

Me caracterizaba por ser puntual, en el grupo de mis amigos me decían don perfecto y en el fondo lo era. Quería decir, ¿A quién le gustaba llegar tarde a los sitios? ¿A quién le gustaba despeinarse con el viento? A mí, no.

Ángel estaba frente a la pequeña fuente que había junto al cine. Miraba descuidadamente los locales de comidas que había en la zona. Ese centro comercial no estaba tan mal después de todo, hacía un apaño curioso.

- Hola, ricura– dije desde atrás.
- Hola bombón, ¿Te has derretido?– preguntó con una sonrisa de las suyas mientras se giraba para mirarme.
- Que gracioso– bromeé.
- No era broma– alzó una ceja y acarició mi mejilla.
- Si me hubiese derretido tu estarías comiéndome y no es el caso así que déjame comprobar...– toqué mi brazo– sigo intacto sí.

Se divertía conmigo cuando me hacía bromas de ese estilo, yo era una persona que se sonrojaba a la primera de cambio. Había tratado en más de una ocasión, evitar ese color rubí brillante que me encendía. No hubo manera, quizás que mi piel fuese de un blanco nuclear tampoco ayudaba si me paraba a pensarlo detenidamente.

Se sentó en el borde de piedra que rodeaba el agua y golpeó dos veces para instarme a hacer lo mismo a su lado. No rechisté y le hice caso. Cogí un poco de agua tras cerciorarme que no había nadie de seguridad pululando por los alrededores. Moje mis manos y luego mi frente.

Gemí por lo bajo, el tacto del agua fría con mi piel caliente por la exposición al sol me hizo sentir un alivio instantáneo. Si no fuese porque estaba prohibido y por mi exceso de vergüenza me metería en la fuente sin pensármelo.

- ¿Vas a querer comprar palomitas?– preguntó Ángel con un carraspeo.
- Sí, y chocolates. Ah. Y refrescos– dije enumerando mientras sonreía.
- ¿Vas a poder con todo Sebastián?
- No lo creo, pero te tengo para ayudarme– murmuré mientras le guiñaba un ojo.
- Siempre haces lo mismo, eres un caso a parte– volteó los ojos con diversión.
- ¿Qué puedo decir?
- Vamos a ir entrando– señaló con la cabeza hacia el interior.
- A sus ordenes, ricura– añadí mientras me levantaba.

Caminé un par de pasos y me di cuenta de que no venía a mi lado. Me giré con el ceño fruncido y ladeé muy sutilmente la cabeza. Su mirada estaba puesta en una parte concreta de mi anatomía. Me reí para mis adentros al darme cuenta de lo que miraba.

Mi culo era pequeño pero respingón. Lo había usado más de una vez y por lo que sentí en sus ojos quería volver a catar la mercancía. Lo iba a dejar hacerme lo que quisiese.

Cuando ambos salimos del armario fue liberador a la par que cansado, psicológicamente fuimos mejorando. Un día dado estábamos en mi casa hablando de nimiedades como siempre habíamos hecho y nos sentamos en la cama. Una cosa llevó a la otra y para cuando quise darme cuenta lo tenía encima de mí, besándome apasionadamente. Le respondí todo el cariño que me dio.

Ese día fue el comienzo de lo que hoy en día se llamaba folla-amigos. No estaba tan mal. No nos atábamos a nadie, ni entre nosotros mismos. Explorábamos nuestra sexualidad como nos daba la gana y si queríamos probar cosas nuevas siempre recurríamos al otro.

El plan de esa noche no dejaba nada a mi pobre imaginación. En la llamada que incluía la invitación al cine me dejó tremendamente claro lo que iba a pasar esa noche. En su casa.

- ¿Algo que te guste?– pregunté socarrón.
- Muchas cosas– asintió mientras hablaba.
- ¿Puedo hacer algo para darte lo que quieres?– me reí entre dientes.
- Por ahora nada– alzó una ceja y me miró a los ojos.
- Luego dices que yo, estas fatal, ricura– añadí y me giré de nuevo.

Fui moviendo mis caderas de forma un poco exagerada, riéndome. Su quejido no tardo en llegar. Había logrado mi objetivo.

La chica que estaba en la entrada junto al pasador nos recibió las entradas que Ángel tenía en el teléfono y nos dejó pasar. Ante nosotros se abría un enorme espacio lleno de comida. Era chatarra, pero comida a fin de cuentas.

Chocolates, chucherías, palomitas, helados... había gran variedad de cosas y al fondo comida más consistente que esa. Estaba genial. Me gustaba mucho ir ahí.

Diez minutos después estábamos con las manos llenas de cosas. Pasamos por una caja interna para pagarlo y con todo ello caminamos por el pasillo a duras penas hasta llegar a la sala designada en el papelito. Entramos sin esperar mucho. Quedaban como diez minutos para que empezase la película. Fuimos subiendo por las gradas hasta llegar a la última fila de arriba del todo. Había como unos palcos a los laterales que rara era la vez que se usasen.

No había nadie aún en la sala y sonreí con malicia. Ángel no lo vio.

Nos faltaba espacio para dejar todo. Hice un mohín con los labios y me senté. Tomó asiento a mi lado. Las palomitas fueron a su lugar seguro. Mí regazo. Les iba a dar un muy buen uso durante dos horas.

El brazo de mi acompañante paso a quedar sobre mis hombros. Me pegó casi a su costado, habría cumplido su objetivo autoimpuesto de no ser por los reposabrazos. Bufó pero aun así no me soltó. Me reí en su cara.

- ¿Qué te hace tanta gracia?
- Que no hayas logrado lo que te proponías– canturreé.
- Me estoy proponiendo muchas cosas en este momento que implican tu boca y un parte concreta de mi cuerpo.

Me quedé mudo. Parecía uno de los enanitos esos de la princesa. Miré hacia el frente. Ya debería haber empezado a ponerme rojo. Lo odiaba cuando me hacía esas cosas. Soltaba perlitas por su boca que me hacían querer lo que me ofrecía.

Cerré los ojos por unos minutos tratando de que mi ritmo cardíaco volviese a su estado normal. Mis pulsaciones se habían disparado. El corazón latía como si de un tambor se tratase.

Lo miré de reajo y lo encontré esperándome. Esperaba una reacción. Si hubiésemos estado en casa o en otro lugar desprovisto de cámaras sin duda hubiese usado su herramienta para muchas cosas y ninguna decente, podíais estar seguros de eso.

Las primeras personas fueron llegando a la sala y con ello di por terminada nuestra conversación. Recé para mis adentros porque nadie se sentase en nuestra misma fila y de momento estaba sirviendo. Todas las personas que iban entrando rellenaban las finas de abajo. Muchos niños entraron en manada. Parecía como si una clase de niños de diez años entrase con su profesora. Quizás no iba tan mal desencaminado después de todo. Se sentaron justo en la fila de asientos que estaba delante nuestra.

Ángel chistó con fastidio. Lo entendía demasiado bien. Normalmente cuando venían niños al cine no sabían comportarse y callarse para disfrutar de la película. Tenía un hermano pequeño que carecía de modales. Sabía de lo que hablaba perfectamente. Bueno, eso y que eran chicos y la emoción les ganaba, era un popurrí de cosas.

- Espero que no molesten– se quejó mi amigo.
- No pasa nada, tengo otros planes para ti– dije enigmático.
- ¿Ah, sí?– su tono paso de molesto a interesado.

Los anuncios empezaron. Con ello mi plan malvado. Me había hecho sonrojar y no iba a irse de rositas. A ver quien calentaba a quien.

La peli empezó tras los largos anuncios. A veces me preguntaba que sentido tenían. Normalmente era de próximos estreno o de películas que ya estaban en la cartelera del momento.

Mi mano fue a las palomitas de forma distraída y con la otra agarraba mi refresco frío. Comí no más de dos palomitas cuando a la tercera vez que quise coger una mi mano fue interceptada por los dedos de Ángel. Lo miré de reajo y vi como no le había prestado atención al inicio.

- Ha empezado la peli– susurré acercándome a su oído.

- Lo sé– fue su única respuesta.

Le hice un gesto con la mirada y frunció el ceño mirando a la gran pantalla.

Tomé un sorbo de mi bebida con la pajita puesta y cubrí mi sonrisa. No iba a darle lo que quería cuando lo quisiese. Iba a dárselo cuando a mí me apeteciese. De sorpresa. Que no se lo esperase. Esas eran las mejores veces y quién dijese lo contrario mentía como un bellaco.

Mi mano fue al reposabrazos que había entre medias de ambos asientos. Las palomitas pasaron a otro plano irrelevante. Fui lentamente moviéndola. Acaricié su muslo por encima de sus vaqueros y su mirada penetrante me atravesó como un rayo.

Las gominolas que tenía encima le cubrían la parte exacta que debían. Estaba todo estratégicamente pensado. Mentira. Si hubiésemos querido hacerlo así no nos hubiese salido igual.

- No apartes tu mirada de la pantalla– dije a su oído de nuevo.
- Eres el mal.
- Te voy a hacer sentir muy bien, creo que no malo– bromeé.
- Sabía que ibas a intentar algo.
- ¿Qué te dio la pista?
- Tu mirada de hace un momento– confirmó.

Después de todo si había visto mi cara. Mordí mi labio y luego me relamí lentamente. Hacía como un mes que no estaba con él en el mismo espacio. Era lo que tenía trabajar y estudiar al mismo tiempo. No nos daba la vida.

Mi mano fue jugueteando con su pierna hasta que se instauró en el cierre de su pantalón. Se puso un poco más rígido de lo que ya estaba y miraba hacia la pantalla como le había ordenado. Después de todo debía acatar ordenes.

Sus manos bajaron a ayudarme con el cierre del pantalón. Solo fue un poco lo que mantuve mi mano en el lugar pero su miembro ardía en mi mano a través de la tela. No quería ni imaginar como de caliente estaba en verdad. Solo pensar en su dureza y suavidad se me hacía la boca agua.

Me volví a relamer para evitar que se me cayese la baba.

- Como sigas así voy a arder por combustión espontanea– espetó cerca de mi oído.

- Me gustaría ver eso.
- Créeme que no– aseguró.
- Ya te digo yo a ti que sí– afirmé.

Bufó con un gruñido masculino. Me encantaban los ruiditos que hacía. Lo hacían ver adorable, aunque el pensase que era todo lo contrario. Pobre ingenuo.

Mis dedos finos se colaron por la apertura que había dejado y acaricié su miembro por encima del calzoncillo. Saqué la mano y tiré un poco del pantalón hacia abajo. Indicándole lo que quería. Lo cazó al vuelo y volví a tomar un sorbo de mi refresco sin borrar la media sonrisa de mi cara.

Se levantó un poco en el asiento y bajó lo justo su pantalón. Dejándome margen para maniobrar. Las gominolas volvieron a su lugar mientras mi mano se colaba por dentro de la tela que cubría su longitud. Confirmé mis sospechas, estaba jodidamente caliente en mi mano.

Ronroneé en voz baja y su media sonrisa me dejó claro que lo había oído y sino al menos lo había intuido. Comencé con mi ataque en ese mismo momento que mis dedos lo rodearon. Parecía una garra de esas que había en las máquinas para coger los peluches. La diferencia era que la mía no tenía intención de soltar a su presa.

Mi mano tomó vida propia, su cadera con los pequeños y cortos envites también. Fui muy despacio al principio quería hacerlo sufrir sin poder emitir ningún tipo de ruido. No queríamos que las miradas curiosas e inquietas de los niños de delante se girasen y viesen todo un espectáculo en mayúsculas.

Solo el pensamiento del peligro de ser atrapados me excitaba.

Su miembro con cada caricia se volvía más duro y pesado. Las venas se le notaban y aunque no las viese sabía perfectamente que estaban ahí.

Se removía incomodo en el asiento cuando marque un ritmo más rápido. Me giré un poco hacia él y dejé mi cabeza en su hombro mientras mi mano no cedía en su empeño de hacerlo venirse. Abrí mi bandolera con la mano libre y saqué un paquete de clínex. Siempre llevaba conmigo por lo que pudiese pasar y mira por donde, había llegado el momento de darle uso. No había mejor forma de estrenarlo.

Paré mi mano cuando noté como se hinchaba y palpitaba en ella. Bufó y se tapó la boca con la mano. No me pasó inadvertido que estaba mordiendo un nudillo.

Continué. Un ritmo rápido y más frenético que el anterior. Se removía más aún.

Su mano fue a parar a la mía y la apretó un poco más.

- Me voy a correr en los calzoncillos si sigues así– advirtió.
- No si puedo evitarlo– canturreé y le entregué dos pañuelos.
- Joder...
- Sí, joder– me reí entre dientes y seguí con mi ardua tarea.

Se colocó de la mejor manera que pudo los pañuelos en la punta y los mantuvo agarrados en su lugar. Cuando baje más de la cuenta oí claramente el siseo que emitió. La mirada significativa que le lance lo dejo con los labios apretados entre sí.

Se tensó ante mi tacto y ya supe lo que venía. Se avecinaba la corrida del siglo como el decía que se llamaba cada vez que estaba conmigo. Negué sin poder evitarlo y apreté un poco más mi agarre. La mano se me cansaba por momentos pero no cedía. No tardó mucho en ponerse más rígido de lo que ya estaba. Se corrió sin previo aviso, embistiendo mi mano, su mano sujeta do con fuerza el papel. Saqué uno más y se lo entregué. Algo me decía que no iba a tener suficiente con dos solamente.

Dejó de moverse y se relajó sobre el asiento.

- Luego vas a acordarte de esto– masculló.
- Estoy deseándolo.
- No te vas a escapar.
- No tengo intención de ello– aseguré.

Me relamí y cuando quité mi mano y vi que se subió el pantalón seguí viendo la película, ignoré por completo el hecho de que estaba duro yo también. Le había perdido el hilo, pero había merecido totalmente la pena. Las palomitas se acabaron para el final y nos fuimos a su casa. Como había prometido fue una noche interesante. Llena de sexo y pasión desbordando por cada lado habido y por haber. Me gustaría repetir eso.

RELATO 6 – RACHEL Y ANNE

Estaba abriendo los ojos a duras penas. Un cuerpo caliente abrazándome desde el lado derecho y otro desde el izquierdo. Agradecí que el aire acondicionado estuviese encendido.

Miré a ambos lados y me encontré a mis amigas dormidas. Rachel solo en bragas y Anne... bueno ella ni eso. Yo no podía decir nada de mí tampoco. Lo único que me cubría era una final sábana que debía haber agarrado en algún punto de la noche para cubrirme.

La resaca me estaba matando. Retazos de lo sucedido de la noche anterior llegaron en forma de pequeños flashes a mi cabeza. No quería pensar mucho en ello si no quería que me estallase en el intento.

Habíamos quedado para celebrar las vacaciones de verano. Anne al próximo año empezaría a trabajar en la empresa familiar y Rachel se mudaba lejos de nosotras. Nos emborrachamos y nos juramos que todas las vacaciones que tuviésemos y coincidiésemos las íbamos a pasar juntas.

- ¿Chicas que hora es?– pregunté. Grazné como un cuervo.
- Cállate, joder– masculló Anne y me soltó, girándose en el proceso.
- Callaos las dos, me estalla la cabeza– esa voz lastimera fue de Rachel.
- Tenemos un jodido vuelo a las tres de la tarde– espeté desperezándome.

Me levanté como pude y me quedé sentada en los pies de la cama. Busqué por toda la habitación mi teléfono y cuando no lo encontré me di por vencida.

Frotándome los ojos pasé al baño, tenía un pis que me moría. Al mirar hacia la encimera de mármol del lavabo encontré mi teléfono. Si hubiese seguido buscándolo no lo hubiese encontrado en un rato curioso.

Miré la hora. Las una del medio día. Puse el grito en el cielo y salí pitando hacia las chicas.

- Chicas son las una de la tarde– espeté abriendo el armario.
- Hay tiempo– masculló Anne.
- Me pido ducharme primero– dije y volví corriendo al baño.

La cabeza no me daba para más y me metí bajo el chorro caliente de agua supuse que algo me ayudaría al menos. Hawái nos esperaba y no estaba dispuesta a perder el dinero del viaje.

Me duché en tiempo record y con la toalla alrededor de mi cuerpo volví al armario.

- Tenéis dos minutos para levantaros o lloverá en vuestras cabezas– amenacé
- Pesada eres– Rachel fue la siguiente en entrar a la ducha.

El baño me había servido un poco. La cabeza me seguía martilleando, pero ya podía coordinar las cosas.

Me cogí unos shorts vaqueros y una blusa estampada de flores azules. De calzado llevaría unas chanclas. No me iba a poner zapatos cerrados en pleno mes de verano. Me iba a cocer el pie como una gamba.

Las chicas optaron por unos conjuntos parecidos al mío. Las maletas de ambas llevaban dos días en mi casa, en la entrada para ser más precisos, junto a la mía. Eso tenía una explicación. Nos equivocamos de día de viaje y ya que estaban hechas no íbamos a desmontarlas de nuevo para volverlas a llenar. Sería una cosa estúpida y una pérdida de tiempo en todos los sentidos.

Cuando estábamos listas apenas nos quedaban cuarenta minutos para llegar al aeropuerto. Gemí mientras esperábamos al taxista fuera. Tardó relativamente poco.

- Al aeropuerto por favor– dijo Rachel.
- Sí, señorita– añadió el señor.

Le comentamos nuestras vidas de pena y añadimos que llegábamos casi tarde al vuelo. Ese hombre era nuestro héroe. Pisó el acelerador a todo lo que daba. El taxi no corría. Volaba por las carreteras. Esquivando coches, camiones, buses.

Bajamos agradecidas y le pagamos con propina antes de correr con maleta en mano al interior del enorme pabellón.

Pasamos las maletas para facturarlas y nos chequearon por mero trámite con un palo raro que pitaba si llevabas algo que no debía. Pasamos sin problema alguno y corrimos de nuevo con las maletas hacia la sala en la que debíamos estar para cuando avisasen de la salida del vuelo.

- Por los pelos– dije jadeante.
- Siempre pasa igual– se quejó Anne.
- Al menos estamos ya aquí– nos animó Rachel.

Los demás pasajeros habían formado una fila y estaban esperando a que les mirasen los billetes para poder ir hacia el avión.

Subimos y como siempre habíamos optado por elegir asientos juntos. Cada vez que subíamos a uno era requisito necesario. Una tradición ya. Ir yo en el centro de ambas.

El vuelo duró horas interminables cuando llegamos estábamos destrozadas. Un señor nos dio la bienvenida con un cartelito donde ponía nuestros nombres en una letra cursiva y bien cuidada.

- Sere vuestro chofer hasta el hotel, ¿son tan amables de seguirme?
- Encantada– dije y las chicas vinieron detrás.

- Hay un poco de tráfico– murmuró mirando por el retrovisor.
- No se preocupe– añadió Rachel diplomática.

Y no lo hizo, tardamos otra hora más en llegar al hotel. La isla estaba a rebosar y no era para menos, estábamos en plena temporada alta donde la gente optaba por estos destinos en esas épocas del año.

En recepción nos atendieron con diligencia y rapidez cosa que agradecí para mis adentros. Fuimos directas a la habitación que compartiríamos. Las maletas se quedaron en un lado de la entrada. Ya las desharíamos más tarde. Nos tiramos a la cama en plancha. El cambio horario nos había dejado con un jet lag de tres pares de narices.

- Tenemos que bajar a cenar– añadió Rachel.
- Yo me quedo aquí– espeté quejumbrosa.
- Vamos no seas perezosa– la apoyó Anne.
- Estoy molida– masculé sin levantar mi cabeza de la almohada.
- Te traeremos algo– añadieron con resignación.
- Os amo– dije con la voz amortiguada.

Oí la puerta cerrarse tras ellas y no supe cuanto tiempo tardaron, pero sí que me quede dormida como un tronco. Estaba reventada. Las caricias que se sucedieron en mi pantorrilla me despertaron. Al abrir los ojos y mirar hacia el lugar tenía a Anne sentada a mis pies acariciándome las piernas.

- Dormilona– dijo con la voz relajada.
- Habéis bebido– afirmé con la voz algo ronca.
- Un poco– añadió Rachel.
- Tienes la comida en la mesa– señaló Anne hacia la mesilla de noche.
- Voy– me senté y agarre el tupper de plástico.

Al abrirlo el olor a pollo en salsa de almendras inundó la habitación. Me rugieron las tripas y ataqué de una. Estaba hambrienta.

La mirada de ambas no se apartaban de mí, seguían la trayectoria del cubierto y llegaba hasta mi boca. Se quedaban ahí más del tiempo necesario. Ladeé la cabeza cuando acabé y sonreí acariciando mi estómago.

- Gracias chicas– dije dejándome caer de nuevo hacia atrás.

- Puedes agradecernos de otra forma– ronroneó Anne que no había dejado de tocar mis pies.
- ¿Ah, sí? Soy toda oídos– alcé una ceja en su dirección.

Gateó hacia mí, su miradas embriagada y depredadora puesta en mis ojos. Me miraba con hambre, era su presa y me encantaba sentirme así. Rachel le siguió el camino.

- ¿Sois dos gatas?– pregunté divertida.
- Miau– hicieron al unísono.
- Estáis locas– me reí muy a mi pesar.

El primer beso llegó por parte de Rachel que me alcanzó antes. Húmedos. Pasionales. El deseo dominaba el ambiente. Anne aprovechó para quitarse los botones de la blusa. Y dejar sus pechos turgentes al aire. Sus pezones se habían puesto duros y erectos. Acaricié uno de ellos con la punta de mis dedos. Mordí mi labio e hizo lo mismo.

Agarró mi mano y la llevó a su boca lamiendo sutilmente la punta de mi dedo. Humedeciéndolo lo justo y necesario. Para volver a llevarlo a su pezón. Lo pellizqué y retorcí levemente.

El gemido que dejó salir de sus labios hizo palpar mi centro presa del deseo. Rachel quitó los botones de mi blusa con lentitud. Rozando mi piel con cada mínima oportunidad que tenía.

La ropa voló por la habitación. En cada parte del suelo.

- ¿Estás mojada?– ronroneó Anne.
- Compruébalo– murmuré abriendo más las piernas.

Rachel se le volvió a adelantar y acarició mi centro. Jadeó y Anne no se perdió la reacción. Hizo lo mismo y se lamió los dedos bajo mi atenta mirada. Se dejó caer y agarró mis piernas, abriéndolas más aún de lo que ya estaban.

Su cálido aliento impactó contra mi manojito de nervios y jadeé agarrando su cabeza. La boca de Rachel se encargó de dar atención a mis pezones que se habían vuelto tan duros y erectos como los de ellas sino más. Pequeños escalofríos recorrían mi cuerpo con cada lamida de ambas.

Me arqueé de nuevo y levanté las piernas colocándola encima de los hombros de la

morena. Su lengua daba lentos toques en mi manojito de nervios y siguió su camino hasta mi entrada. Devoró. Su lengua entraba y salía de forma rápida y constante.

- Anne...
- Joder, estas empapada– mascullo con placer.
- Y dura– añadió la castaña mirando mis pezones.
- Por vuestra culpa, no me despertéis así, joder– gruñí volteando los ojos del placer.

Las manos de Rachel no paraban quietas en un punto, exploraban e inspeccionaban cada parte de mi abdomen. Mi cara. Sus labios volvieron a impactar contra los míos. Devoró cada hueco de mi boca. Su lengua y la mía se sumergieron en un baile lleno de pasión, derramando se por todas partes.

Anne añadió dos dedos a su ataque y mordió succionando mi labio inferior. Gemí tratando de apartarme de ella. Era demasiado placer. Más del que mi cuerpo podía soportar con ambas en acción.

Rachel se separó de mí y se dirigió a su maleta. Su paso sexy me hizo gruñir. Las ganas de darle un azote incrementaron.

Rebuscó en la maleta y trató de darle mi atención, pero Anne volvió a reclamarla para ella misma.

- Vamos a pasarlo muy bien– canturreó Rachel cuando volvió.
- Y tanto que sí– mi esencia bajaba por la barbilla de Anne.

En una de sus manos traía un dildo de color negro brillante y en la otra llevaba un arnés con un miembro de plástico. Se lo colocó en la cintura y lo ajustó.

- Gírate– ordenó.
- Aún no acabo– se quejó Anne.

Me dejó escapar aún así y la morena no perdió tiempo en colocarse a mis espaldas. El dildo lo fue metiendo lentamente en mi trasero. Me sentía llena. Dolía un poco, pero no era un dolor malo precisamente.

Entró en mí con el miembro de plástico con fuerza. Me llenó por dentro y grité su nombre con fuerza. Me agarré al cabezal de la cama mientras Anne buscaba un hueco entre él y yo.

Sus labios se engancharon a mis pechos. Los mordía. Los lamía. Gemí con fuerza. Mi interior ardía y sentía que yo misma ardería con él por combustión espontánea.

Los envites de Rachel eran calculados. Dentro. Fuera. Fuerte. Paraba. Seguía.

Marcó su propio ritmo que se me antojaba delirante. Acaricié con una de mis manos el clítoris de Anne. Estaba empapada también, gruñí y me hice un hueco entre sus pliegues.

– Joder, Ross...

Sonreí de medio lado y jadeé por la nueva embestida mientras mis dedos se colaban con extremada facilidad en el interior de mi amiga.

Gimió. Gemí. Jadeó.

Ambas teníamos un ritmo constante que con el paso de los minutos se volvieron frenéticos y erráticos. No podía más, el orgasmo que se construía en mi bajo vientre enviaba escalofríos por mi espalda y hacía que apretase la mano en el cabezal.

Me iba a correr y quería que Anne lo hiciese conmigo.

Mis dedos entraron de nuevo en su interior con fuerza. Gemí con el nombre de Rachel en mis labios mientras me dejaba ir, moviéndome por mi cuenta mientras exprimía cada gota de placer que me quedaba en el cuerpo. Anne lo hizo un segundo después. Cabalgando mis dedos. Agarrando mi mano para que entrase más hondo.

Acabamos agotadas. Tiradas en la cama y con Rachel sonriendo en el centro.

– Es tu turno— dije con picardía.

Anne asintió y volvimos al ataque con nuestra amiga. Esas vacaciones las aprovechamos solas y alguna noche con algunos turistas que nos querían hacer pasar la estancia de forma más agradable.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a varias personitas que han hecho posible esta nueva antología. Me gustaría agradecer a esa parte de mi familia que siempre ha estado conmigo y ya no estará.

Quiero hacer una mención especial a algunos de mis musos; Abel, Raquel, Ana y por supuesto Miguel, mi pareja, en esta ocasión algunas personas son inventadas o amigos de la infancia con quién ya no tengo relación.

Si ya habéis leído una antología mía con anterioridad, sabréis que en estos libros me baso en gente que conozco y mayormente hay una protagonista en común.

También, ya por último, me gustaría agradecer a todo aquel que disfruta de la lectura, que disfruta leyéndome y que me apoya y manda mensajitos bonitos por las redes. Habéis sido mi motor también para seguir escribiendo como lo hago.

Me podéis encontrar en redes como @romanticoslibros o @rocioreinap_escritora, nos seguimos leyendo.

Tu opinión contribuye al aumento de la visibilidad
de mi libro.
Si quieres ayudarme, puedes dejarla en Amazon o
GoodReads.
Muchas gracias por tu tiempo